

o

REFRACCIÓN LINGÜÍSTICA MATERIALISTA
REVISTA SOBRE

Ecolingüística en español: entre fricciones sociales y disputas académicas

Ecolinguistics in Spanish: between social tensions and academic disputes

Diego L. Forte

Universidad de Buenos Aires

dforte@filo.uba.ar

<https://orcid.org/0000-0002-6548-7492>

Recibido: 10/3/2026

Aprobado: 11/5/2026

Abstract

Este trabajo propone una introducción crítica a la ecolingüística en el mundo hispanohablante, interrogando su genealogía, sus tensiones constitutivas y sus posibilidades como marco teórico transformador. Tras revisar su emergencia en el llamado norte global —desde la ecología del lenguaje de Haugen hasta el giro crítico-discursivo inaugurado por Halliday y desarrollado por Stibbe— el artículo examina las fricciones que surgen al trasladar estos enfoques a España y América Latina. Se argumenta que, en ambos contextos, la ecolingüística ha enfrentado resistencias derivadas de tradiciones académicas antropocéntricas y productivistas, así como de dependencias epistémicas respecto de paradigmas teóricos euro-norteamericanos. En España, la disciplina ha quedado mayormente circunscripta a la ecología lingüística de raigambre sociopolítica (contacto y minorización de lenguas), mientras que en América Latina se ha articulado con críticas al extractivismo y al desarrollismo, aunque frecuentemente sin superar el excepcionalismo humano. El artículo sostiene que la ecolingüística posee un potencial singular como disciplina-puente capaz de articular crítica ambiental, análisis del discurso y ética antiespecista, visibilizando cómo la degradación ecológica y la explotación animal se co-producen discursivamente. Finalmente, se plantea la necesidad de descolonizar sus marcos teóricos y de avanzar hacia una praxis académica comprometida con la construcción de narrativas postcapitalistas y postantropocéntricas que permitan imaginar y materializar formas alternativas de convivencia multiespecie.

Palabras clave: ecolingüística; España, América Latina, Colonialidad, Especismo, Industrialismo.

Abstract

This paper offers a critical introduction to ecolinguistics in the Spanish-speaking world, examining its origins, its inherent tensions and its potential as a transformative theoretical framework. After reviewing its emergence in the so-called global North—from Haugen's ecology of language to the critical-discursive turn initiated by Halliday and developed by Stibbe—the article examines the frictions that arise when these approaches are transferred to

Spain and Latin America. It is argued that, in both contexts, ecolinguistics has faced resistance stemming from anthropocentric and productivist academic traditions, as well as epistemic dependencies on Euro-North American theoretical paradigms. In Spain, the discipline has remained largely confined to linguistic ecology with socio-political roots (language contact and the marginalisation of languages), whilst in Latin America it has been linked to critiques of extractivism and developmentalism, though often without overcoming human exceptionalism. The article argues that ecolinguistics possesses unique potential as a bridging discipline capable of articulating environmental critique, discourse analysis and anti-speciesist ethics, highlighting how ecological degradation and animal exploitation are discursively co-produced. Finally, it raises the need to decolonise its theoretical frameworks and to move towards an academic praxis committed to the construction of post-capitalist and post-anthropocentric approaches that enable us to imagine and bring about alternative forms of multispecies coexistence.

Key words: eco-linguistics; Spain, Latin America, coloniality, speciesism, industrialism.

1. Ecolingüística ¿Qué? ¿Por qué? ¿Para qué?

Aunque de tradición reciente, la ecolingüística ocupa un lugar singular en el panorama de las ciencias del lenguaje. Su carácter transversal no es una simple adición temática sino un posicionamiento epistemológico fundamental. Esta disciplina surge con el propósito explícito de trascender el estudio de las unidades lingüísticas aisladas para adoptar una mirada global sobre las relaciones dinámicas, recursivas y constitutivas entre el lenguaje y los múltiples entornos que lo condicionan y, a la vez, a los que da forma. Su historia, sus ramificaciones teóricas y sus objetivos revelan un campo de estudio comprometido con una comprensión integral de la vida humana y más-que-humana en el planeta. En este sentido, su integralidad radica en la adopción y resignificación de conceptos, unidades de análisis y perspectivas metodológicas de otras subdisciplinas (como la sociolingüística, el análisis del discurso o la glotopolítica) para aplicarlas al estudio de las relaciones entre el lenguaje y sus contextos ecológicos de desarrollo.

Sus orígenes académicos se sitúan en lo que hoy suele denominarse norte global - una categoría controversial que merece una reflexión pormenorizada. Couto (2012) señala que, si bien Edward Sapir (1911) puede considerarse un precursor, fue Einar Haugen quien, en 1972, estableció las bases conceptuales al acuñar el término *ecología del lenguaje*, definiéndola como el estudio de las interacciones entre una lengua y su entorno —entendido principalmente como su contexto social y lingüístico. Esta definición seminal, sin embargo, tendió a reificar la lengua como una entidad discreta. El término *ecolingüística* apareció por primera vez en Marcellesi y Gardin (1979), consolidándose como disciplina en la década de 1990 con las obras de Fill (1993) y Makkai (1993) y expandiendo su significado e implicancias. Un hito crucial fue la conferencia de M.A.K. Halliday (1990), que canalizó gran parte de la ecolingüística europea hacia un análisis crítico del discurso ambiental. Esta línea se ha expandido con contribuciones como las de Stibbe (2015), y Steffensen, Döering y Cowley (2024), quienes han abierto caminos en ámbitos como el análisis del discurso y *language*.

Sin embargo, la trayectoria de la ecolingüística fuera del inglés como lengua de trabajo presenta características particulares que atestiguan fricciones en la implementación de su perspectiva y el choque con marcos similares preexistentes. En el caso particular del español, que se distribuye entre regiones autoidentificadas como sur global (América Latina y África) y España, que suele ser señalada como a mitad de camino entre norte y sur (Molina y Otero-Iglesias, 2025), la disciplina ha chocado con prejuicios y nichos académicos preexistentes que dificultan su ingreso a la currícula y los planes de estudios superiores. Situaciones políticas y tradiciones académicas diferentes han generado tensiones y resistencias además de reinterpretaciones locales.

El entramado de conflictos sociales particulares en combinación con elementos configurados desde las identidades discursivas de cada nación, han colaborado en la construcción del supremacismo humano capitalista con color local que la academia en general encuentra difícil de superar y que diferentes disciplinas han fallado en abordar. Este paradigma suele anclar las reivindicaciones ecologistas dentro de la lógica del capitalismo industrial, naturalizando una concepción de naturaleza como recurso y dificultando la articulación de argumentaciones en

pos de una salida civilizatoria postcapitalista y postantropocéntrica. En este contexto, la ecolingüística como disciplina transversal tiene mucho para decir y hacer.

El presente trabajo se propone realizar una introducción crítica a los estudios ecolingüísticos en el mundo hispanohablante, relevando sus tensiones constitutivas y fricciones con otras tradiciones intelectuales y luchas sociales. Sostendremos que la ecolingüística hispanohablante enfrenta el desafío urgente de descolonizar sus marcos teóricos para poder dar cuenta de las particularidades de su contexto. Argumentaremos que, por un lado, en España la ecolingüística parece estar encerrada en la academia y presentar problemas para articularse con la crítica social. Sus abordajes locales se anclan en reclamos sociales históricos que ya habían sido adoptados por otras subdisciplinas y, si bien ahora se ven ampliados, no parecen poder expandirse a problemáticas sociales y ecológicas más actuales.

Por otro lado, las luchas sociales de América Latina, al estar históricamente articuladas a la construcción de estados-nación y a proyectos desarrollistas, han configurado un discurso de crítica social limitado a lo humano que impide considerar el ecosistema de forma global y a la humanidad como parte de él. Este discurso secuestra las discusiones ecologistas al interior de la racionalidad del capitalismo industrial, volviendo casi ininteligible cualquier argumentación que proponga una salida radical de este sistema.

Propondremos entonces que la tarea de una ecolingüística relevante para el mundo hispánico consiste en desentrañar las narrativas hegemónicas particulares de la región para crear nuevas historias que permitan pensar y articular relaciones diferentes entre humanos y las otras especies.

2. Contextualizaciones: norte, sur global y la transversalidad como objeto de estudio

La ecolingüística nació formalmente en el norte global. Este dato es importante porque permite discutir las condiciones de producción de las teorías lingüísticas. Hacia la década de 1990 las problemáticas ecológicas ya estaban en discusión en todo el planeta. El discurso euro-norteamericano céntrico naturaliza que Europa occidental y Estados Unidos tienen un equilibrio social basado en el bienestar económico que mantiene las tensiones sociales dentro de límites aceptables (Quijano, 2000) y que, si bien esa no es la norma en el resto del mundo,

al que denominan *sur global* (aunque parte de él se encuentre, efectivamente, dentro del hemisferio norte), es a la estandarización a la que deberían aspirar.

Esta visión hegemónica ha funcionado a tal punto que también ha normalizado, en mayor o menor medida, activa o pasivamente, que la producción de conocimiento y de teoría es algo imposible en países que no alcanzan esa norma. Dicho de otra forma: si en el sur global imperan las situaciones de conflicto social agravado, sus investigadores deben concentrarse en aplicar la teoría producida en el norte a sus contextos particulares en lugar de producir sus propias teorías con visiones universalistas (Escobar, 1995). Por ejemplo: ¿Para qué reflexionar sobre nuevas formas de concebir y describir el lenguaje si la urgencia del contexto requiere que se analice la construcción discursiva de la desigualdad social?

Pero esto implica aceptar una categoría impuesta y funciones impuestas. En el estado actual del capitalismo, los países autodenominados norte global presentan en su interior tensiones similares a las del sur, solo que, hasta hoy, no habían aplicado el mismo nivel de violencia para el control social dentro que fuera de sus fronteras. En este sentido, las categorías norte y sur globales parecen ser más bien una forma de trazar una línea que separa un *nosotros* de un *ellos* que, sin embargo, parece borrararse cada vez más con la aceleración del capitalismo caníbal globalizado (Fraser, 2022). Y es en este sentido en el cual la ecolingüística adquiere otro matiz de transversalidad: en tanto marco teórico para analizar las relaciones humano-no humano-entorno, mediadas por el lenguaje, su objeto de estudio es común a cualquier latitud, pero a la vez, necesita obligatoriamente servirse de las particularidades del contexto específico para su desarrollo.

2.1. La ecolingüística en Europa occidental: genealogía crítica

Como hemos mencionado la ecolingüística en Europa occidental emergió, no como una mera extensión temática, sino como una respuesta intelectual crítica a las crisis ambientales y sociales del modelo industrial avanzado. Su desarrollo se consolidó a partir de la década de 1990, marcado por el análisis crítico del discurso. En la década posterior su postura marcadamente antropocéntrica comenzó a resquebrajarse con críticas antiespecistas (Stibbe, 2001, 2003, 2012). La conferencia de M.A.K. Halliday *New ways of meaning: The challenge*

to applied linguistics (1990/2001) se convirtió en un hito fundacional. En este texto, Halliday argumentó que la gramática misma del inglés moderno, con sus estructuras transaccionales (sujeto-verbo-objeto) y su tendencia a la sustantivación de procesos (por ejemplo, *crecimiento*, *desarrollo*), favorecen una visión instrumental, estática y destructiva de la naturaleza. Al representar la naturaleza como un conjunto de objetos y recursos disponibles para la acción humana, la gramática occidental moderna naturaliza una relación de dominación (Halliday, 2001: 179-180). Este enfoque puso el foco en el análisis crítico del discurso como herramienta principal para desarmar las narrativas que nos rodean en la vida diaria (Stibbe, 2015) y su papel en la crisis ecológica.

Bajo esta influencia, la ecolingüística europea, particularmente en su vertiente anglosajona y germánica, desarrolló un perfil distintivamente crítico-discursivo. Autores como Alwin Fill en Austria sentaron las bases institucionales, mientras que la obra de Arran Stibbe en el Reino Unido, especialmente su libro *Ecolinguistics: Language, Ecology and the Stories We Live By* (2015), se convirtió en un texto de referencia. Stibbe define allí la tarea de la ecolingüística como evaluar críticamente las historias que sustentan nuestra civilización industrial, identificando aquellas que son destructivas (como el mito del crecimiento perpetuo) y promoviendo historias más beneficiosas que fomenten la resiliencia ecológica y la coexistencia no destructiva entre la especie humana y las demás (Stibbe, 2015: 11).

A pesar del gran impulso ecologista de la obra de Stibbe, grandes partes de la investigación ecolingüística actual presuponen el concepto de *naturaleza* como objeto que pertenece a la humanidad, es decir, el cuestionamiento antiespecista-antiantropocéntrico se ha diluido en gran parte de los trabajos de los últimos años, que han adoptado una visión anti industrial pero aún supremacista humana. Así, la corriente dominante ha tendido a centrarse exclusivamente en el análisis de discursos humanos sobre la naturaleza, reproduciendo así la misma separación sujeto-objeto que Halliday originalmente criticaba, y dejando así de lado la investigación de los procesos comunicativos en los ecosistemas mismos (Finke, 2014 : 67).

En años recientes, nuevos enfoques dentro de la vertiente europea, como la Escuela de Odense en Dinamarca, han intentado superar este antropocentrismo inicial. Steffensen y Cowley proponen una ecología del *language* que entiende la cognición y el lenguaje como

fenómenos distribuidos y situados en nichos ecológicos, buscando puentes con la biosemiótica y las ciencias de la vida (Steffensen & Cowley, 2010).

2.2. Ecolingüística en España y América Latina

Aunque durante las últimas décadas se han construido enfoques regionales que abordan temáticas locales relevantes para la disciplina, los estudios globales tienden a la unicidad en términos teóricos. Existe un desarrollo teórico basado en una intención de colaboración entre los investigadores de diferentes regiones que busca fundamentarse a través del análisis de corpora locales. En este sentido, la ecolingüística en el mundo hispánico se rige por las mismas visiones teóricas pero reflejando las diferencias históricas, políticas y epistemológicas a ambos lados del océano. En cada región de la hispanidad ha adquirido rasgos locales en relación con el contexto de surgimiento y con características del desarrollo histórico social local.

2.2.1. España

Dado que la ecolingüística tiene una tradición reciente, sobre todo en el mundo hispánico, es necesario trazar primero sus antecedentes ideológicos directos. El pensamiento ecologista moderno en España involucra tres grandes vertientes que pueden describirse como ecologismo social, ecologismo político y ecosocialismo. Aunque interrelacionadas, cada una posee rasgos propios en cuanto a bases ideológicas y estrategias operativas.

Lo que denominamos ecologismo social se consolida en España desde los años ochenta, vinculado a luchas territoriales concretas contra infraestructuras energéticas, trasvases, contaminación industrial o especulación urbanística. No se limita a la defensa de espacios naturales particulares sino que pone el foco en los impactos ambientales sobre comunidades específicas y en la distribución desigual de riesgos y beneficios ecológicos. Entiende los conflictos ambientales como conflictos ecológico-distributivos, es decir, disputas por el acceso a recursos, por el control del territorio y por el reconocimiento de diferentes formas de valoración de la naturaleza. Por ello ha sido conceptualizado como *ecologismo de los pobres*, subrayando que muchos movimientos ambientales no surgen de una sensibilidad postmaterialista, sino de la defensa de medios de vida amenazados (Martínez-Alier, 2004).

El ecologismo político representa una segunda etapa: de la movilización social a la arena institucional e implica la conversión de las demandas ecológicas en programas legislativos y políticas públicas. En España, aunque los partidos verdes han tenido una implantación electoral limitada y fragmentada, su influencia programática ha sido creciente a través de coaliciones y acuerdos parlamentarios. El ecologismo político defiende la transición energética, la fiscalización ecológica, la democracia participativa y la sostenibilidad como eje transversal de la acción pública. Desde la teoría política, Andrew Dobson distingue entre un ambientalismo reformista —centrado en corregir fallos del mercado— y un ecologismo transformador, que cuestiona el paradigma del crecimiento ilimitado (Dobson, 2007). En el caso español, ambas tendencias coexisten: por un lado, propuestas de modernización ecológica; por otro, corrientes que reclaman cambios estructurales más profundos. El ecologismo político ha contribuido a institucionalizar la agenda climática y ambiental, aunque enfrenta tensiones entre pragmatismo electoral y coherencia transformadora.

A partir de la crisis económica de 2008 y ante la intensificación de la crisis climática, cobra fuerza en España una perspectiva ecosocialista y decrecentista que formula una crítica más radical al modelo productivista. Este enfoque sostiene que la crisis ecológica no es un fallo corregible del sistema, sino una consecuencia estructural del capitalismo fósil y de la lógica de acumulación. Autores como Jorge Riechmann han defendido la necesidad de una transición ecosocial basada en la reducción planificada del metabolismo económico, el reparto del trabajo, la suficiencia material y la profundización democrática (Riechmann, 2013). En diálogo con el decrecimiento europeo —representado por Serge Latouche—, esta corriente propone abandonar el crecimiento del PIB como indicador central y avanzar hacia sociedades postcrecimiento (Latouche, 2009). Para esta perspectiva, el decrecimiento no implica recesión desordenada, sino una reorientación deliberada de la economía hacia actividades socialmente útiles y ecológicamente sostenibles. Esta perspectiva se ha entrelazado con el ecofeminismo y con movimientos por la justicia climática, ampliando la crítica a las dimensiones de género y cuidados.

Distanciándose un poco de antecedentes sociales inspiradores, la ecolingüística española parece mantenerse, al menos en su mayoría, alejada de las representaciones ecológicas y la

crisis climática. Aunque no necesariamente sus autores se autodenominen *ecolingüistas*, la disciplina en España se ha desarrollado predominantemente en la órbita de lo que se conoce como *ecolingüística haugeniana*, esto es, aquella que, siguiendo la definición fundacional de Einar Haugen (1972), concibe la ecología del lenguaje como el estudio de las interacciones entre una lengua y su entorno, entendiendo este entorno no como el medio natural-biológico, sino como la sociedad que la usa, las otras lenguas con las que convive y las situaciones que sus usuarios enfrentan en el ejercicio lingüístico. Se trata, por tanto, de una línea estrechamente vinculada a la glotopolítica, la sociología del lenguaje y el estudio de las situaciones de contacto lingüístico. Esta perspectiva parece deberse, entre otras cosas, al contexto las de lenguas ibéricas minorizadas, perseguidas durante el franquismo.

José María Sánchez Carrión es una figura pionera. Su obra *La nueva sociolingüística y la ecología de las lenguas* (1985) ya planteaba explícitamente la necesidad de un enfoque ecológico para comprender las complejas relaciones entre lenguas en contacto, particularmente en el País Vasco. En Cataluña, autores como Lluís-Vicent Aracil y Rafael L. Ninyoles (desde los años 60 y 70) sentaron las bases de una sociolingüística crítica que, sin usar el término, ya operaba con una lógica ecológica: analizaban el conflicto lingüístico, la diglosia y la normalización desde una perspectiva que integraba factores históricos, políticos, demográficos y psicológicos, anticipando el enfoque holístico que caracterizaría a la ecolingüística posterior.

Albert Bastardas Boada es, sin duda, el nombre central de esta tradición. Su obra articula una ecología lingüística de base psico-socio-política, multidimensional y dinámica, orientada a comprender los procesos de contacto, sustitución y mantenimiento de las lenguas en contextos de asimetría de poder. Un núcleo fundamental de su propuesta es la crítica al término *lengua minoritaria* y la defensa del concepto de *lengua minorizada*: el estatus subordinado de una lengua no obedece a propiedades intrínsecas del código, sino a relaciones de poder desiguales entre grupos humanos, mediadas por factores demográficos, económicos y, muy especialmente, políticos (Bastardas, 2016). Esta perspectiva, forjada en el contexto de las luchas por la normalización del catalán y otras lenguas españolas tras la dictadura franquista, sitúa la ecología lingüística como una herramienta analítica para comprender y

transformar ecosistemas sociolingüísticos históricamente atravesados por la represión y la jerarquización.

Bastardas reconoce como hito fundacional el artículo de Haugen, pero también reivindica una tradición mediterránea y catalana de pensamiento ecológico-lingüístico: autores como los mencionados Lluís-Vicent Aracil y Rafael L. Ninyoles. En esta línea, Bastardas distingue tres grandes vertientes en la ecología lingüística —la teórico-compleja, la analógico-biológica y la político-activista—, y sitúa su propia producción y la de la escuela catalana en una síntesis integradora que busca aunar el rigor analítico con el compromiso con la sostenibilidad y la justicia lingüística.

Junto a esta tradición, han surgido en España desarrollos más recientes que extienden el paradigma ecológico hacia nuevos objetos y disciplinas. Es el caso de Rubén González Vallejo, quien explora las conexiones entre ecolingüística y traducción, acuñando conceptos como ecotraducción o ecotraductología. González Vallejo (2022) parte de la premisa de que la traducción, como práctica de lingüística aplicada, no puede permanecer ajena a la crisis ecológica. Propone, por ello, integrar la ecoalfabetización en la formación de traductores mediante actividades que vinculan lengua, empresa, medioambiente y cooperación. Su trabajo apunta a una ampliación del dominio ecolingüístico hacia las humanidades ambientales y la transdisciplina, dialogando con corrientes como la ecocrítica y los estudios de sostenibilidad.

A partir de este núcleo fundacional, la ecolingüística en España se ha diversificado en varias direcciones:

0. La Escuela Catalana y el *ecologismo lingüístico*: En diálogo con Bastardas, autoras como Carme Junyent desarrollaron una vertiente más activista y política, explicitando el vínculo entre la defensa de la diversidad lingüística y la diversidad biológica. Obras como *Contra la planificació. Una proposta ecolingüística* (1998) abogan por un ecologismo lingüístico que denuncia las jerarquías entre lenguas y promueve la igualdad de derechos.

1. La historia social de las lenguas con mirada ecológica: Autores como Francisco Moreno Fernández han aplicado implícitamente una perspectiva ecológica al estudio diacrónico. Su *Historia social de las lenguas de España* (2005) dedica un capítulo explícito a la *Ecolingüística de las lenguas peninsulares*, analizando cómo los cambios en el entorno social, político y demográfico han moldeado el complejo mapa lingüístico español a lo largo de los siglos.
2. Traducción y ecocrítica: Autores como Rubén González Vallejo exploran las conexiones con la traducción (ecotraducción), buscando integrar la conciencia ecológica en la formación de traductores y en el análisis de textos.

Si bien en España se ha constituido un modelo con cierto grado de sofisticación que atiende a problemáticas sociales específicas —preocupado por la justicia lingüística en contextos de minorización— su aproximación deja afuera críticas al industrialismo, supremacismo humano y la crisis climática.

2.2.2. América Latina

En América Latina, si bien la ecolingüística no ha entrado lo suficiente como para tener cursos propios en las universidades, salvo muy escasas excepciones, el giro ecológico de la década de 1970 dejó una línea de pensamiento muy cercana a sus aproximaciones más diluidas. Mientras en Europa del norte el foco estaba puesto en deconstruir el discurso del industrialismo avanzado, en Latinoamérica el ecologismo emergió arraigado en luchas socio-territoriales concretas contra el colonialismo interno y el extractivismo. Figuras como Leonardo Boff en Brasil estaban, ya desde finales de los ochenta, articulando lo que llamaban *una ecología integral* que vinculaba la opresión de los pobres con la devastación de la Tierra (Boff, 1996). También filósofos andinos, pertenecientes a movimientos indígenas introducían cosmovisiones relacionales como el Sumak Kawsay (buen vivir) a la categoría de crítica civilizatoria (Acosta, 2010). En este sentido, el giro latinoamericano fue menos discursivo y más ontológico-político, aunque tampoco desafiaba el antropocentrismo ni el supremacismo humano.

Enrique Leff es una figura clave en la consolidación de la ecología política latinoamericana. Su propuesta parte de una crítica al paradigma del desarrollo, entendido como expresión de una racionalidad económica instrumental que subordina la naturaleza a la acumulación de capital. En *Ecología y capital* (1986), Leff plantea que la crisis ecológica no es solo ambiental sino civilizatoria, derivada de una forma histórica de conocimiento que separa naturaleza y cultura. Posteriormente, en *La ecología política en América Latina: Un campo en construcción* (2003), afirma que la ecología política latinoamericana emerge como respuesta a los conflictos socioambientales generados por el extractivismo y la dependencia estructural.

Maristella Svampa ha desarrollado una de las críticas más influyentes al modelo extractivista en América Latina. En *Consenso de los commodities* (2013), argumenta que durante el ciclo progresista latinoamericano se consolidó un consenso de los commodities, donde tanto gobiernos neoliberales como progresistas sostuvieron economías primario-exportadoras. Svampa muestra que el ambientalismo latinoamericano se reconfigura en este contexto como ambientalismo popular, articulado a luchas territoriales contra la megaminería, el agronegocio y el fracking. Este ambientalismo no es meramente conservacionista, sino que cuestiona la matriz productiva y el modelo de desarrollo.

Quizás las críticas más profundas y elaboradas por parte de la academia latinoamericana provengan de Carlos Greco y Diana Crespo (2014). Su tesis central es que el ambientalismo moderno sigue operando dentro de la dicotomía naturaleza/cultura. En lugar de superar el antropocentrismo, lo reconfigura bajo formas de gestión sustentable. De allí el provocador título: *nunca fuimos ambientalistas*, en el sentido de que el ambientalismo no logra romper con la matriz moderna que produjo la crisis.

En América Latina, la ecolingüística tuvo su primer desarrollo significativo no en español, sino en portugués. Formado en Brasil, el grupo más consolidado en la región ha trabajado en torno a la Universidad de Brasilia (UnB) y la Universidad Federal de Goiás (UFG), en Goiânia. Sus principales exponentes son Hildo Do Couto (2014) y Davi Albuquerque (2018). Este núcleo ha sido de influencia notable para el resto de los estudios latinoamericanos por ser el primero organizado orgánicamente con una gran cantidad de miembros, presencia en

dos universidades importantes y, sobre todo, por la gran calidad de sus trabajos. Este grupo ha desarrollado aproximación teórica propia: la lingüística ecosistémica, más cercana a la visión haugeniana que a la hallidayana, analizando los contextos ecológicos de desarrollo de cada lengua y contextos de lenguas en contacto.

En los últimos años, un grupo de investigadores con base en la Universidad de la República, en Montevideo, han conformado el capítulo uruguayo de la International Ecolinguistics Association. Liderado por Alejandra Lucía, Jorge Vallego y Sabrina Cupeiro, este grupo ha desarrollado el proyecto H4rmony, integrando ecolingüística e inteligencia artificial.

Fuera de estos dos grupos, el panorama latinoamericano muestra un conjunto de ecolingüistas dispersos en distintos países de la región que, aunque mantienen vínculos y colaboraciones estrechas, no han llegado a constituir bloques nacionales consolidados.

Al igual que en España, la ecolingüística en América Latina no surge inicialmente como un campo autónomo y estrictamente delimitado, sino como un espacio de articulación entre líneas de trabajo preexistentes que comienzan a coordinarse bajo un horizonte ecológico común. Así, la ecolingüística se ha sumado a otros frentes académicos en contextos sociopolíticos marcados por conflictividades diversas.

El ingreso de perspectivas ecológicas al sistema político es una diferencia fundamental entre España y América Latina. Sin embargo eso tampoco ha garantizado la estabilidad de las ideas en los sentidos comunes de las sociedades españolas y americanas. De hecho, la visión académica en ambos casos continúa privilegiando la situación humana en un contexto de crisis del ecosistema planetario. El hecho de que a ambos lados del atlántico continúen apareciendo hoy día publicaciones que presentan a la disciplina como un *nuevo enfoque* (Guerra, 2021) es un claro indicador de que, al menos en el mundo hispánico, la ecolingüística no ha logrado un establecimiento efectivo y consolidado.

3. La hoz, el martillo y la torre de marfil: academia y conflicto social

En el mundo hispanohablante, la ecolingüística parece sufrir resistencias por considerarse una importación de los países angloparlantes, lo cual lleva a su falta de consolidación como disciplina autónoma. En España, estando ya enraizado el estudio de la ecología de las lenguas a partir perspectivas que la abordan desde sus relaciones sociopolíticas, la ecolingüística manifiesta más una descripción social que un análisis ecológico. En Latinoamérica, de forma similar, al existir una tradición académica de la crítica social asociada a la justicia social humana y política, el ambientalismo parece ser un lujo de clase.

Los enfoques puristas dentro de las ciencias sociales han mostrado frecuentemente una suerte de ceguera ecológica, derivada de una estricta adhesión a los límites analíticos que separan la sociedad de la naturaleza en la tradición occidental. Al privilegiar las relaciones sociales, las instituciones y los discursos como dominios de investigación autónomos, tales enfoques reproducen una división epistemológica moderna que vuelve secundarios o externos los procesos ecológicos al análisis social. La degradación ambiental se trata, en consecuencia, como una variable contextual antes que como una dimensión constitutiva de la vida social. Esta separación restringe la capacidad de la teoría social para aprehender la co-producción de las crisis ecológicas y sociales, particularmente bajo las condiciones del capitalismo tardío. Como resultado, las ciencias sociales puristas corren el riesgo de ocultar las dependencias materiales y las vulnerabilidades que unen a las sociedades humanas con los mundos no humanos, disminuyendo así su potencial explicativo y crítico.

La propia estructura de las ciencias sociales constituye un problema adicional, íntimamente ligado a las dinámicas del conflicto social, ya que los investigadores no son observadores desapegados, sino que están ellos mismos inmersos en las sociedades que estudian. La producción de conocimiento está así moldeada por relaciones de poder y luchas sociales históricamente específicas. En este contexto, Fraser sostiene que el capitalismo no debe entenderse meramente como un sistema económico, sino como un orden social que consume persistentemente las propias condiciones de su posibilidad: los fundamentos extraeconómicos de los que depende, incluyendo la naturaleza, la reproducción social y el trabajo de cuidado, las instituciones democráticas y el bienestar de las comunidades (2022: 101).

Las influyentes tradiciones marxistas (ortodoxas) latinoamericanas han relegado frecuentemente las cuestiones ambientales al estatus de efectos secundarios del capitalismo, en lugar de tratarlas como categorías analíticas centrales. Como señalan Greco y Crespo, gran parte de la izquierda tradicional ha desestimado históricamente al ambientalismo como una distracción pequeñoburguesa de la verdadera lucha del conflicto de clases. Esta postura ha producido una barrera lingüística dentro de la propia academia, por la cual conceptos como *derechos no humanos*, *equilibrio ecológico* o *límites ambientales* son percibidos como frívolos, importados o políticamente ingenuos. La lingüística argentina, por ejemplo, ha estado en gran medida dominada por enfoques formalistas, generativistas o sociolingüísticos clásicos, preocupados por la variación, la identidad y el poder entre hablantes humanos. La proposición de que el lenguaje modela activamente las relaciones con otros animales y el ecosistema entero a menudo ha sido considerada excéntrica o marginal. La ecolingüística permanece institucionalmente ausente: no existen cátedras dedicadas, y las iniciativas interdisciplinarias tropiezan rutinariamente con los límites departamentales y la inercia curricular. Incluso dentro de las principales universidades nacionales, donde han comenzado a surgir programas de estudios ambientales, tales iniciativas suelen ser aproximaciones desarrollistas y están frecuentemente confinadas a facultades específicas o espacios de posgrado marginales, limitando su visibilidad e influencia institucional. Los consejos de investigación y los organismos de financiación rara vez asignan una porción estratégicamente significativa de sus presupuestos para abordar las crisis ecológicas desde la perspectiva de las ciencias sociales; más bien, los recursos se dirigen predominantemente hacia las ciencias naturales, la ingeniería y las intervenciones tecnológicas que manejan su impacto antes que sus causas.

La orientación hegemónica en la academia latinoamericana privilegia el crecimiento industrial escudado en una frágil justicia social para humanos. Así, la destrucción de otras especies y hábitats queda subordinada al imperativo de la supervivencia humana bajo condiciones de explotación. Aunque, como señalan teóricos animalistas (Navarro, 2017), dicho orden no puede garantizar igualdad ni para humanos ni para no humanos porque se basa en la explotación de ambos, amplios sectores de las ciencias sociales latinoamericanas

han aceptado tácitamente el excepcionalismo humano, al considerar inviable la igualdad interespecie mientras persista la desigualdad intraespecie. A este efecto, incluso las epistemologías indígenas han sido frecuentemente apropiadas de manera selectiva y esencializada, movilizadas como símbolos de armonía originaria en lugar de ser reconocidas como sistemas de conocimiento complejos y contemporáneos (Mignolo 2009; Lugones 2010).

Más aún: si analizamos casos particulares puede evidenciarse que el discurso de la academia local se articula muy estrechamente con concepciones políticas y sociales mucho más profundas. Greco y Crespo (2014) sostienen que el ambientalismo nunca ocupó un lugar fundacional en las tradiciones políticas argentinas —ni liberales-conservadoras ni nacional-populares—. El imaginario político se estructuró en torno a un antropocentrismo productivista, donde la naturaleza quedó subordinada a la construcción nacional basada en explotación, industrialización y crecimiento. Incluso sectores progresistas concibieron la naturaleza como medio para la justicia social, no como valor en sí o sujeto de derechos. Así, términos como *trabajo*, *industria* y *crecimiento* adquirieron un estatus casi sacralizado, mientras que *límites*, *decrecimiento* o *derechos animales* fueron descartados como antipopulares. La identidad argentina se construyó a partir de la idea de *granero del mundo*, con un léxico de conquista: *domar ríos*, *conquistar el desierto*, *hacer producir la tierra*. La naturaleza quedó posicionada como un *otro* a civilizar.

La noción de eficiencia y su funcionamiento como criterio interno del sistema tecno-científico es fundamental: define lo racional y viable, desplazando preguntas sobre propósito y responsabilidad. Los problemas ambientales se reinterpretan como ineficiencias corregibles mediante optimización técnica, en consonancia con la crítica de Latour a la modernidad y su separación sujeto/objeto (Greco y Crespo, 2014). A lo largo del siglo XX en Latinoamérica se consolidó el binomio trabajo industrial + justicia social, politizando la redistribución de la riqueza extractiva. En consecuencia, cuestionar los medios de producción suele interpretarse como un ataque a los fines sociales. El movimiento obrero ha reproducido, en gran medida, el lenguaje del Consenso de los Commodities (Svampa, 2013), priorizando empleo y salarios incluso en sectores altamente contaminantes. Desde la ecolingüística, esta

narrativa constituye una *historia perversamente beneficiosa* (Stibbe, 2015): favorece a ciertos grupos a corto plazo mientras genera daños profundos a ecosistemas, animales no humanos y otras comunidades humanas. El desafío radica en construir nuevas narrativas que reconecten el bienestar de los trabajadores con la salud ecológica, desmontando la falsa dicotomía entre justicia social y responsabilidad ambiental. Y aún así, es la narrativa que las aproximaciones sociales locales más aceptan.

Agravando esta marginación estructural está la falta de diálogo sostenido entre lingüistas, filósofos, sociólogos, biólogos y comunidades activistas. Esta fragmentación limita severamente el desarrollo de una ecosofía localmente arraigada, conceptualizada por Stibbe (2015), en la que la comprensión ecológica es inseparable de consideraciones sociales, culturales y éticas. A falta de tales enfoques integradores, la investigación ambiental corre el riesgo de quedar ensilada disciplinariamente, produciendo análisis que son excesivamente técnicos o estrechamente centrados en lo humano y, en consecuencia, mal equipados para abordar los complejos desafíos socio-ecológicos que enfrenta América Latina. Además, los marcos teóricos y las herramientas conceptuales a menudo se importan directamente del norte global con un compromiso mínimo en la crítica decolonial. Si bien estos marcos pueden ofrecer valiosas perspectivas, su adopción acrítica corre el riesgo de reforzar las asimetrías epistémicas existentes, privilegiando las epistemologías del Norte mientras marginalizan el conocimiento local e indígena. Esta dinámica perpetúa una forma de dependencia epistémica, en la que la producción académica ambiental latinoamericana se posiciona como receptora, más que como productora, de innovación teórica crítica. También limita la capacidad de desarrollar estrategias sensibles al contexto que reflejen las realidades socio-ecológicas únicas, las experiencias históricas y el conocimiento cultural de la región.

En este sentido, la marginación de las ciencias sociales y la dependencia de paradigmas teóricos derivados externamente reproducen las mismas jerarquías que los enfoques críticos y decoloniales buscan desafiar. Sin apoyo institucional, integración interdisciplinaria y reflexividad epistémica, la producción de conocimiento ambiental permanece circunscrita, socavando el potencial de las ciencias sociales para contribuir significativamente a una praxis socio-ecológica transformadora en América Latina.

Como hemos mencionado, en España, la ecolingüística es también una perspectiva emergente, marginal aunque en crecimiento. El enfoque predominante en muchas instituciones sigue siendo la ciencia básica o aplicada, por lo que algunos investigadores sociales critican la necesidad de aproximaciones más profundas que integren justicia social, economía política y cultura ambiental. Investigadoras como Yayo Herrero (2006) o Laura Fernández (2018) integran el análisis de sistemas sociales, económicos, de especie y género enlazados con la crisis climática, pero, en general, la situación de la academia española solo parece diferir de la latinoamericana en su escisión de la crisis climática: salvo un puñado de académicos interesados en la justicia climática o el antiespecismo, la posición de los investigadores españoles también parece basarse en el supremacismo humano y una ecología industrial de adaptación a la crisis.

3.1. La ecolingüística como puente conceptual

Esta segmentación epistemológica es un problema y a la vez un desafío. El análisis del impacto social de las lenguas en su entorno y viceversa puede ser estudiado desde el análisis del discurso, la sociolingüística, la glotopolítica, etc. Sin embargo, lo que estas subdisciplinas dejan fuera se vuelve fundamental para la ecolingüística: las relaciones de poder entre humanos, no humanos y el equilibrio de los ecosistemas. Es en este sentido que la ecolingüística está en una posición única para abordar estas temáticas. Al integrar preocupaciones que tradicionalmente están dispersas en distintas tradiciones disciplinarias y políticas, proporciona un marco capaz de tender un puente entre la crítica ambiental, el análisis del discurso y las éticas antiantropocéntricas. Al hacerlo, la ecolingüística permite repensar el lenguaje, la ideología y el poder más allá de las restricciones impuestas por el excepcionalismo humano colonial, fomentando una política de la vida más inclusiva.

En su núcleo, la ecolingüística parte de la premisa de que el lenguaje no solo refleja realidades ecológicas, sino que participa activamente en construir las narrativas que nos rigen. Tales historias normalizan formas específicas de relacionarse con la tierra, los animales y los recursos, al tiempo que vuelven impensables o ilegítimos modos alternativos de compromiso. Los estudios ambientales han examinado durante mucho tiempo cómo los discursos dominantes legitiman el extractivismo, el desarrollo y la explotación de la

naturaleza (Hajer 1995; Dryzek 2013). Los estudios críticos animales, por su parte, han enfatizado cómo las prácticas lingüísticas naturalizan el especismo, invisibilizan el sufrimiento animal y sostienen jerarquías morales antropocéntricas (Nibert 2002; Wolfe 2010). La ecolingüística proporciona un espacio metodológico compartido en el que estas preocupaciones pueden analizarse juntas, revelando cómo la degradación ambiental y la explotación animal se co-producen discursivamente y no son analíticamente separables.

Pero el asunto más importante que la ecolingüística puede abordar está a nivel de la ética y del rol humano en las sociedades multiespecie. Los estudios ambientales a menudo han priorizado la supervivencia colectiva humana, la defensa territorial y la sostenibilidad ecológica, a veces a expensas de una preocupación explícita por los animales no humanos individuales. Los estudios animales críticos, en contraste, centran la consideración moral, la sintiencia y la crítica de la exclusión basada en la especie, ocasionalmente manteniéndose desapegados de las luchas socio-territoriales. El análisis ecolingüístico visibiliza cómo estas prioridades éticas se codifican en el lenguaje —por ejemplo, cómo los discursos sobre la pérdida de biodiversidad pueden borrar las vidas animales individuales. Al analizar el lenguaje evaluativo y el encuadre moral, la ecolingüística permite a los académicos rastrear cómo se producen y disputan lingüísticamente las jerarquías éticas. Este enfoque hace posible articular posiciones éticas que no subordinen por completo a los animales a los ecosistemas ni aislen el sufrimiento animal de la destrucción ambiental. En este sentido, la ecolingüística apoya lo que podría denominarse una ética relacional de la vida, atenta a la interdependencia entre especies sin colapsar la diferencia (Haraway 2008; Plumwood 2002).

El papel de puente de la ecolingüística es particularmente urgente en regiones como España o América Latina, dada la fuerte impronta antropocéntrica que excede lo económico e industrial y hunde sus raíces en tradiciones nacionales profundas. La ecolingüística ofrece un medio para superar esta división percibida, centrándose en cómo estas lógicas históricas se reproducen a través del lenguaje en ambos dominios. Los discursos de desarrollo, progreso y crecimiento nacional no solo legitiman la deforestación, la contaminación, la minería y el agronegocio, sino que también normalizan la explotación masiva de animales dentro de sistemas industriales como la cría intensiva. El concepto de Quijano de la colonialidad del

poder sugiere que estas lógicas no son meramente económicas sino epistémicas y que funcionan en diferentes niveles, moldeando lo que cuenta como conocimiento legítimo y preocupación moral (Quijano, 2000). La ecolingüística facilita un análisis sistemático de esta dimensión epistémica, revelando cómo el excepcionalismo humano se sostiene lingüísticamente y rara vez se cuestiona dentro del discurso ambiental dominante. Además, la ecolingüística puede permitir el diálogo entre las epistemologías indígenas, situaciones de lenguas en contacto, el activismo ambiental y la ética animal sin romantizar ninguna de estas perspectivas. Al analizar cómo se representan, se apropian o se silencian los conocimientos diferentes en el discurso público, contribuye a una crítica decolonial y multicultural de las narrativas ambientales al tiempo que desafía las suposiciones antropocéntricas que persisten incluso dentro de los movimientos progresistas (Mignolo 2009; Lugones 2010).

En resumen, la ecolingüística puede actuar como una disciplina puente al destacar al lenguaje como el sitio donde convergen la destrucción ambiental, la explotación animal y el poder material. Vincula las éticas ambiental y animal a través de sus fundamentos discursivos comunes y al hacerlo, no solo conecta campos académicos, sino que también abre un espacio conceptual para políticas de la vida más interseccionales y transformadoras. La batalla no es solo por el medio ambiente, sino por el poder de nombrarlo. El ambientalismo industrialista busca clausurar ese poder en un callejón sin salida semántico. La resistencia consiste en reabrir, una y otra vez, la brecha entre la palabra y el mundo, para que un futuro distinto siga siendo decible—y por tanto, posible.

4. Conclusiones: nunca fuimos ambientalistas pero aspiramos a ser ecologistas

El recorrido desarrollado a lo largo de este trabajo permite reformular la pregunta inicial —¿ecolingüística, qué, por qué y para qué?— como un interrogante ético-político sobre el lugar del lenguaje en la crisis civilizatoria contemporánea. La revisión histórica y contextual muestra que, tanto en España como en América Latina, el ambientalismo dominante ha operado mayormente dentro de marcos antropocéntricos y desarrollistas. Incluso cuando ha adoptado tonos críticos, ha tendido a gestionar la crisis antes que a cuestionar sus fundamentos ontológicos: la separación naturaleza/cultura, el excepcionalismo humano y el imperativo del crecimiento ilimitado.

En este escenario, la ecolingüística no puede limitarse a describir discursos ambientales ni a ampliar repertorios analíticos ya existentes. Su potencial radica en asumir una función crítica más profunda: revelar cómo el lenguaje naturaliza jerarquías entre especies, legitima el extractivismo y clausura imaginarios alternativos. Al situar el análisis en el nivel de las narrativas que organizan lo decible y lo pensable, la ecolingüística permite comprender que la crisis ecológica no es solo material, sino también semiótica y epistémica.

La comparación entre España y América Latina evidencia, además, que la disciplina enfrenta desafíos específicos. En el contexto español, su desarrollo ha estado fuertemente vinculado a la ecología de las lenguas y a la justicia lingüística, lo cual ha enriquecido el análisis sociopolítico pero ha dejado relativamente intacta la crítica al industrialismo y al antropocentrismo. En América Latina, por su parte, las luchas contra el extractivismo y la desigualdad han producido un campo fértil para el giro ecológico, aunque frecuentemente subordinado a una concepción humanocentrada de la justicia social. En ambos casos, la ecolingüística se encuentra tensionada entre la torre de marfil académica y los conflictos sociales que la atraviesan.

Frente a estas limitaciones, proponemos entender la ecolingüística como una disciplina-puente. Su especificidad no reside en apropiarse de objetos ya trabajados por la sociolingüística, la glotopolítica o el análisis crítico del discurso, sino en integrar la dimensión ecológica —incluida la multiespecie— como constitutiva de toda práctica social. Esta integración exige superar la fragmentación disciplinaria y la dependencia epistémica respecto de marcos euro-norteamericanos, promoviendo una producción teórica situada y decolonial.

Aspirar a un ecologismo —y no a un ambientalismo domesticado— implica asumir que la transformación ecológica es inseparable de una transformación ontológica y política. Supone reconocer que el capitalismo verde no resuelve la crisis que produce, y que no puede haber justicia social plena en un sistema que descansa sobre la explotación sistemática de territorios, cuerpos humanos y animales no humanos. En este sentido, el horizonte ecologista que aquí se reivindica es necesariamente anticapitalista y antiespecista, no como consignas abstractas, sino como condiciones de posibilidad de una ética relacional de la vida.

La tarea de la ecolingüística, entonces, es doble. Por un lado, deconstructiva: desarmar las historias que legitiman el progreso ilimitado, la dominación interespecie y la colonialidad del saber. Por otro, constructiva: contribuir a la elaboración de nuevas narrativas de interdependencia, suficiencia y justicia multiespecie. El lenguaje no es un mero reflejo de la realidad socio-ecológica; es uno de los terrenos donde se configuran sus posibilidades.

Si *nunca fuimos ambientalistas* en el sentido hegemónico del término, ello no constituye una carencia sino una oportunidad. La aspiración ecologista implica abrir un espacio para imaginar —y decir— mundos distintos. En última instancia, la disputa ecológica es también una disputa por el sentido: por aquello que puede nombrarse, pensarse y desearse colectivamente. Allí, en ese umbral entre palabra y mundo, la ecolingüística encuentra su razón de ser.

Bibliografía

Acosta, A. (2010). El Buen Vivir en el camino del post-desarrollo. Una lectura desde la Constitución de Montecristi. *Policy Paper*, 9, 1–48.

Albuquerque, D.; Dastenaee, M.; Poshtvan, H. (2018). Toponyms in ecolinguistics. Contrasts in Different Strategies of Naming Places in Iran and Brazil. *Revista de Letras – UFC*, 37 (2): 148–161.

Bastardas Boada, A. (2016). Ecología lingüística y lenguas minorizadas: algunas notas sobre el desarrollo del campo. En A. M. Fernández Planas (Coord.), *53 reflexiones sobre aspectos de la fonética y otros temas de lingüística* (pp. 451–458). Laboratori de Fonètica.

Boff, L. (1996). *Ecología: grito de la Tierra, grito de los pobres*. Trotta.

Couto, H. (2014). Linguística ecossistêmica crítica ou Análise do discurso ecológica. In: Couto, Elza K. N. N. do; Dunck-Cintra, Ema; Borges, Lorena A. de O. (orgs.). *Antropologia do imaginário, ecolinguística e metáfora*. Thesaurus, p. 27–41.

Couto, H. H. do. (2012). *Ecolinguística. Linguística ecossistêmica*. Universidade de Brasília.

Dobson, A. (2007). *Green political thought*. Routledge.

Dryzek, J. S. (2013). *The politics of the earth: Environmental discourses*. Oxford University Press.

Escobar, A. (1995). *Encountering Development: The Making and Unmaking of the Third World*. Princeton University Press.

Fernández, L. (2018). *Hacia mundos más animales. Una crítica al binarismo ontológico desde los cuerpos no humanos*. Madreselva.

Fill, A. (1998). *Ökolinquistik: Eine Einführung*. Narr.

Finke, P. (2014). The ecology of science and its consequences for the ecology of language. *Language Sciences*, 41, 71–82.

Fraser, N. (2022). *Cannibal capitalism: How our system is devouring democracy, care, and the planet—and what we can do about it*. Verso.

González Vallejo, R. (2022). Ecoalfabetización en el aula de traducción: apuntes y propuestas. *Trans*, 26, 263–280.

Greco, C., & Crespo, D. (2014). *Nunca fuimos ambientalistas: Repensarnos desde la muerte de la naturaleza*. Prometeo.

Guerra, J. (2021). La ecolingüística: Un nuevo enfoque en el espectro de los análisis contemporáneos de la lengua. *ENFOQUES Anuario de Investigación Lingüística y Literaria*, 1(1).

Hajer, M. A. (1995). *The politics of environmental discourse: Ecological modernization and the policy process*. Clarendon Press.

Halliday, M. A. K. (2001)[1990]. New ways of meaning: The challenge to applied linguistics. En A. Fill & P. Mühlhäusler (Eds.), *The ecolinguistics reader: Language, ecology and environment* (pp. 175–202). Continuum.

Haraway, D. J. (2008). *When species meet*. University of Minnesota Press.

Haugen, E. (1972). The ecology of language. En A. S. Dil (Ed.), *The ecology of language: Essays by Einar Haugen* (pp. 325–339). Stanford University Press.

Herrero, Y. (2006). El movimiento ecologista ante el deterioro global: Retos y utopías. *Intervención Psicosocial*, 15(2).

Junyent Figueras, M. (1998). *Contra la planificació: Una proposta ecolingüística*. Editorial Empúries.

Latouche, S. (2009). La apuesta por el decrecimiento. Icaria.

Latour, B. (1993). *We have never been modern*. Harvard University Press.

Leff, E. (1986). *Ecología y capital: Hacia una perspectiva ambiental del desarrollo*. UNAM.

Leff, E. (2003). La ecología política en América Latina: Un campo en construcción. *Polis*, 5.

Lugones, M. (2010). Toward a decolonial feminism. *Hypatia*, 25(4), 742–759.

Makkai, A. (1993). *Ecolinguistics: Toward a new paradigm for the science of language*. Printer Publishers; Akadémiai Kiadó.

Marcellesi, J. B., & Gardin, B. (1979). *Introducción a la sociolingüística: La lingüística social*. Gredos.

Martínez-Alier, J. (2004). *El ecologismo de los pobres: Conflictos ambientales y lenguajes de valoración*. Icaria.

Mignolo, W. (2009). Epistemic disobedience, independent thought and de-colonial freedom. *Theory, Culture & Society*, 26(7–8), 1–23.

Molina, I., & Otero-Iglesias, M. (2025). Where is Spain? Analysing Spain's global presence from a geographical perspective. *Real Instituto Elcano*.

Moreno Fernández, M. (2005). *Historia social de las lenguas de España*. Ariel.

Navarro, A. (2017). Antiespecismo y pedagogías de la dominación. *Revista Latinoamericana de Estudios Críticos Animales*, 3, 35–55.

Nibert, D. A. (2002). *Animal rights/human rights: Entanglements of oppression and liberation*. Rowman & Littlefield.

Plumwood, V. (2002). *Environmental culture: The ecological crisis of reason*. Routledge.

Quijano, A. (2000). Coloniality of power and Eurocentrism in Latin America. *International Sociology*, 15(2), 215–232.

Riechmann, J. (2013). *Un mundo vulnerable: Ensayos sobre ecología, ética y tecnociencia*. Los Libros de la Catarata.

Sánchez Carrión, J. M. (1985). La nueva sociolingüística y la ecología de las lenguas. *Oihenart*, 4.

Sapir, E. (1911). *Language: An introduction to the study of speech*. Harcourt, Brace & Company.

Steffensen, S. V., & Cowley, S. J. (2010). Signifying bodies and health: A non-local aftermath. En S. J. Cowley et al. (Eds.), *Signifying bodies: Biosemiosis, interaction and health* (pp. 331–355). University of Braga.

Steffensen, S. V., Döring, M., & Cowley, S. (2024). Language as an ecological phenomenon: Linguaging and bioecologies in human-environment relationships. Bloomsbury Academic.

Stibbe, A. (2001). Language, power, and the social construction of animals. *Society & Animals*, 9(2).

Stibbe, A. (2003). As charming as a pig. *Society & Animals*, 11(4).

Stibbe, A. (2012). *Animals erased: Discourse, ecology and reconnection with the natural world*. Wesleyan University Press.

Stibbe, A. (2015). *Ecolinguistics: Language, ecology and the stories we live by*. Routledge.

Svampa, M. (2013). *Consenso de los commodities y lenguajes de valoración en América Latina*. UNGS.

Wolfe, C. (2010). *What is posthumanism?* University of Minnesota Press.